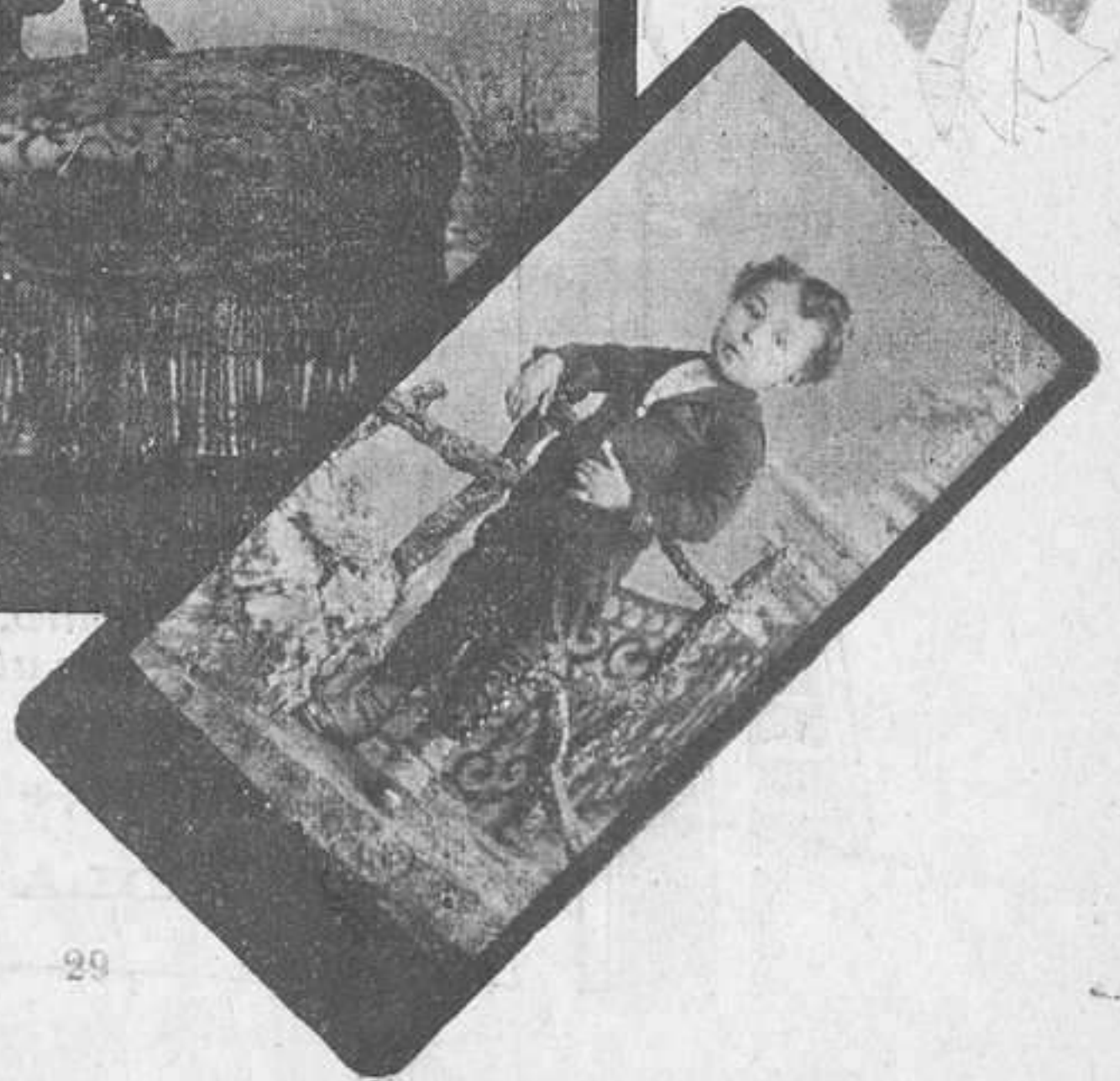
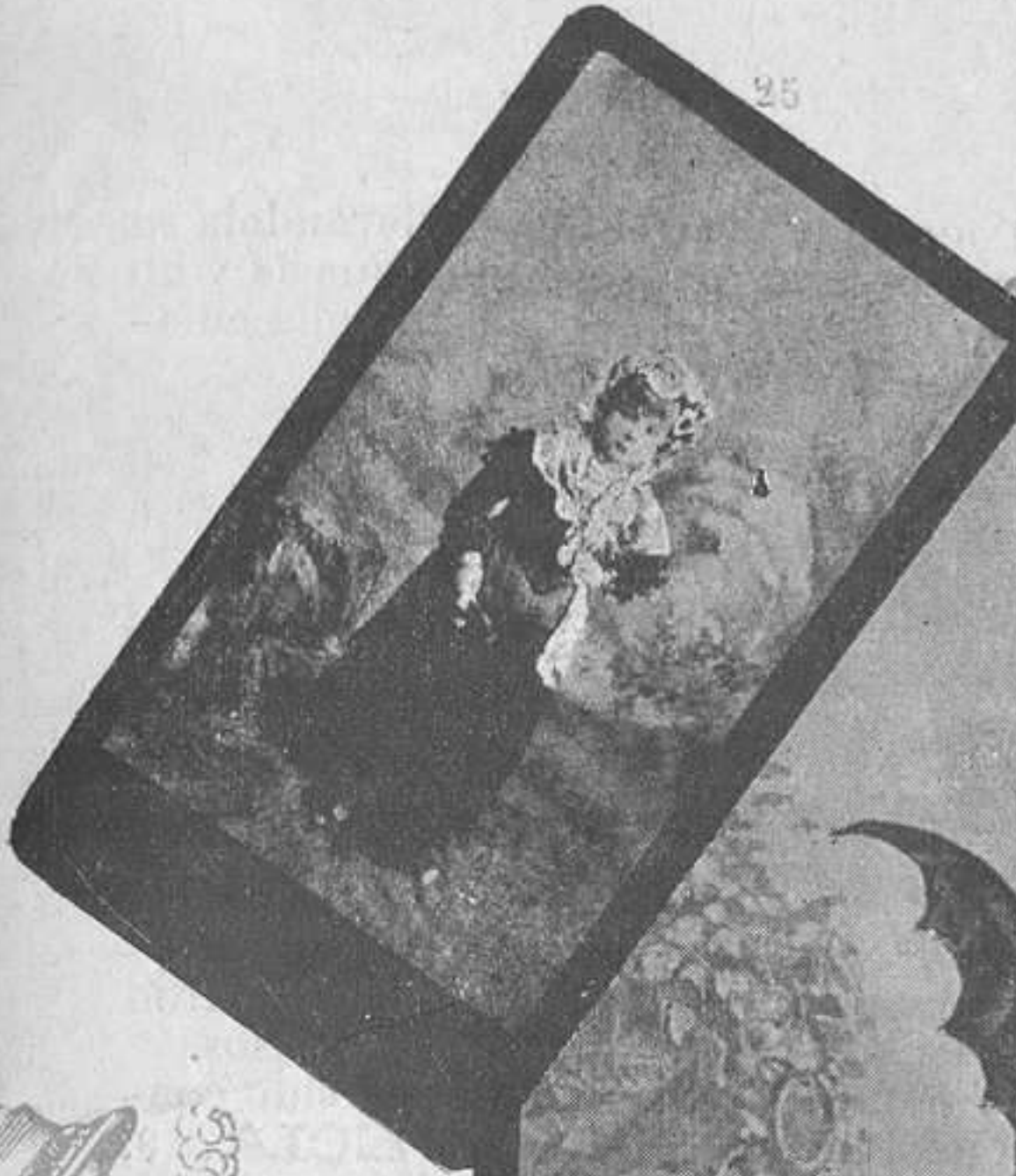


29 Septiembre 1892

CERTÁMEN INFANTIL



25 Conchita, Madrid, 4 años.

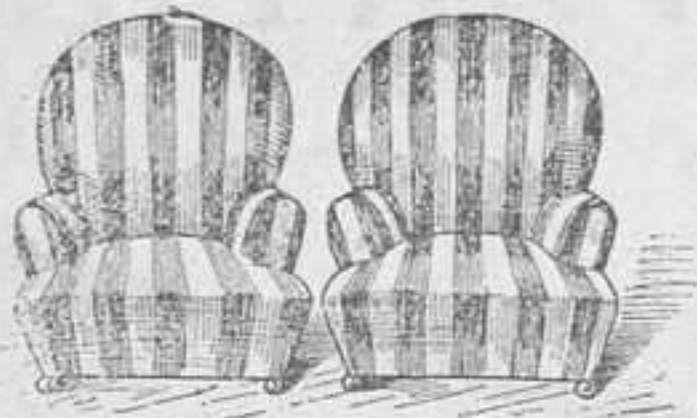
26 Pablito Muñoz, Valladolid, 4 años.

27 Flora García Vidal, Madrid, 4 años.

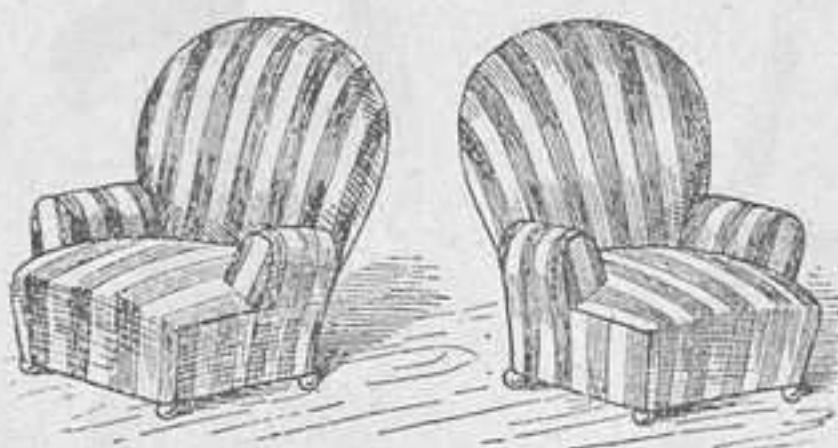
28 Cecilia Escudé, Barcelona, 4 años.

29 Paquito, Madrid, 5 años.

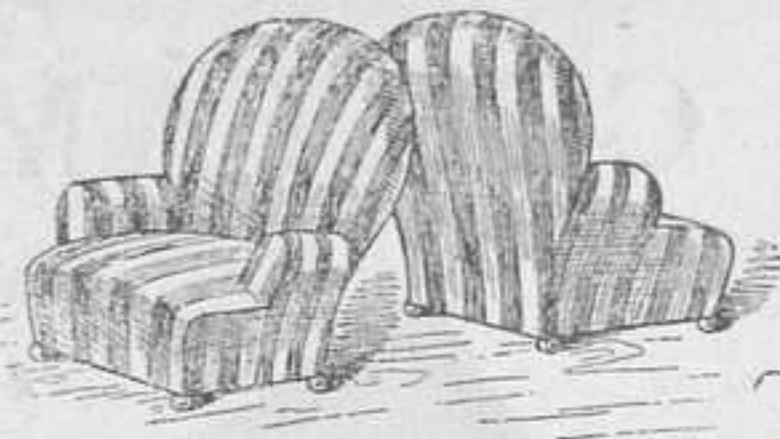
Amor de tapicería



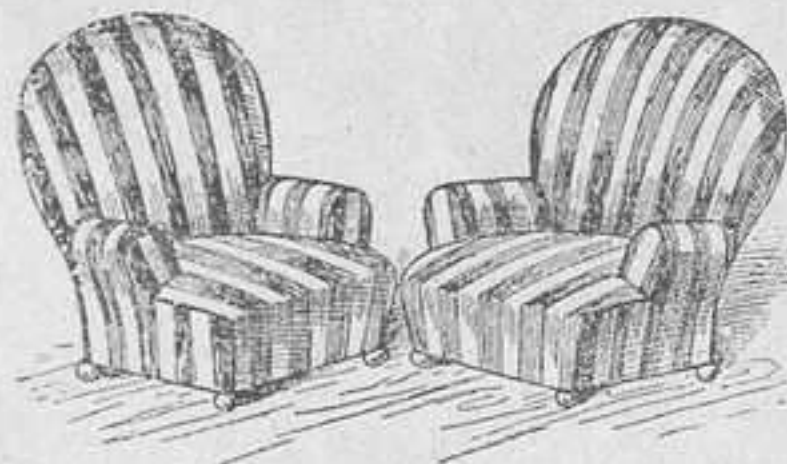
Ella y él eran hermosos. Su piel de reluciente raso, sus bien modelados brazos los enloquecían mutuamente, sin que por esto se atreviesen á decir «esta boca es mía».—**Pelayo, 8.**



Pero un dia que la señora y su primo se sentaron sobre ellos la sillona se avergonzó al oír ciertas frases cariñosas y el sillón guiñó maliciosamente una raya.—**Pelayo, 8.**



Poquito á poco él fué declarándola su voraz pasión; pero ella que quería y no quería, se sonrojaba y hasta solía enfadarse.—**Pelayo, 8.**



Lo cual, que al fin y al cabo, acabaron por ser modelo de amantes cariñosos.

¿Y cómo nó? si ambos habían sido confeccionados en **LA SUECIA, 8, PELAYO, 8,** (próximo á la Universidad),

DONDE SE VENDEN

Muebles de todas clases. Construcción sólida y elegante. Precios económicos.

500.000
francos para realizar en géneros de recreo, adorno y utilidad, procedentes de la Sucursal de la casa

A. DEBROSSE
Rambla del Centro, número 37, frente al Teatro Principal.

✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻

VISITADLA

BOTILLERÍA EL

ESTEVE



GAVILÁN

Rambla, Llano de la Boquería, 4.

— RESTAURANT —

abierto día y noche.

Servicio á la carta.

Abonos de 30 comidas **9** duros

Se admiten pupilos á precios económicos.

COMEDORES RESERVADOS

COCINA ESPAÑOLA



SE PUBLICA LOS JUEVES

Director
Julio Victor Tomey

Redacción y Administración
Aribau, núm. 13, bajos

DOS FOCOS PELIGROSOS



—La vista me han lastimado
tantos farolillos rojos.
—Yo en cambio, estoy mareado
por el mirar de esos ojos.

—Amigo, tener paciencia,
porque yo, á fuer de prudente,
ojos de tanta potencia
los miro siempre con lente.

PRELUDIO



Even banderitas y forasteros por todas partes, y hasta, á fuerza de apreturas, hay quien ve de continuo las estrellas en la Rambla; pongo por caso alguna señora condenada á te-

niente perpétuo, cuyo ser estrellado la lleva consigo á todas partes agarradita del brazo.

Verdaderamente es una desgracia para una mujer, ya sea rubia ó morena, estar siempre adherida á tan pequeña constelación. Pero no es esto precisamente de lo que se trataba, sino de las fiestas, que al decir de algunos, han comenzado ya.

El certamen pajaril estuvo muy bien representado.

A él asistieron multitud de pájaros y pájaras de diferentes poblaciones y de distinto plumaje.

Todos ellos trinaban, cual en catalán, cual en canario puro.

Los pajareros quedaron muy satisfechos de aquel concierto ornitológico y otorgaron varios premios.

Hubo jilguero que pió todo su repertorio, desde el *Ave María* de Gounod, hasta la *sardana* de Garín.

Algunos pajareros trinaron por no haber sido premiados los pajarillos de su propiedad.

La apertura de la exposición zoológica llevó al Parque infinidad de curiosos, que se apiñaban para contemplar á su sabor á aves y fieras.

—Esta es la jaula del oso—decía uno.

—Sí, un oso—clamaban otros, estrujándose para contemplarlo mejor.

—Déjenme paso, que quiero verlo—gritaba un joven del propio Tarrasa, dando codazos á diestro y siniestro.

—¡Eh! No atropelle.

—Pues déjenme verle, que tengo prisa.

—¿No ve V. que no se puede?

—Bueno. Pues háganme el favor de entregarle mi tarjeta.

Los elefantes, sobre todo, llamaron la atención extraordinariamente.

—Mira, papá—gritaba un niño—este animal aun es más grande que aquel condejal que te visitaba.

—Cállate, nene. ¿No sabes que está mal hacer comparaciones?

—¡Ay! se me había olvidado... Usted dispense, señor elefante.

Y el pobrecillo, mostrando su buena educación, saludó al paquidermo.

Los que están de enhorabuena con estas fiestas, como con todas las de España, son los toreros.

Ya se han celebrado dos corridas, y en breve se verificarán otras varias.

Así vemos estos días por ahí tanta gente de coleta.

Un inglés, muy aficionado á tomar apuntes, escribió ayer en su cartera:

«Acuden á Barcelona tipos de todas las naciones. He visto marineros de nuestra escuadra; japoneses en la calle de Fernando y hasta otros que no sé si serán zulús ó patagones. Sólo puedo decir de ellos que llevan coleta y que lucen una parte de su cuerpo que no acostumbran á lucir los hombres de ninguna nación civilizada».

JULIO VÍCTOR TOMEY.



Una mujer

—Pues verá V., amiga mia;
una tarde iba de compras
con mi marido y la perra,
cuando se acerca á nosotras
un amigo de mi esposo
que conocimos en Soria.
Sin saludarme siquiera,
me le coje, me le monta
en un simón, entretanto
que él gritaba: — ¡Adiós, Ramona,
ya ves, me lleva este amigo...
voy al juego de pelota!
¡¡Ten cuidado con la peeeerra!!...
No pude oír más, señora;
el coche, salió escapado,
y yo, figúrese, roja
de vergüenza y de coraje,
jarando cogerle á solas,
en cuanto volviese á casa,
para sentarle la ropa...
Pues bien, amiga del alma,
busco un bastón, da la hora
de cenar, llega mi esposo:
—«¿De dónde vienes, idiota?
¿Por qué vas con ese amigo,
que es una mala persona?...»
Voy á zurrarle, me agarra
por un brazo, en esta forma,
levanta así, la sopera...
¡y me pone hecha una sopa!
Gracias á que le dí un golpe
con medio queso de bola,
que si no, ¡pobre de mí!
¡cómo estaría á estas horas!...
¡Y que lengua! ¡Lo que pudo

soltar por aquella boca!
—«¡Desde hoy, no me alces el gallo,
porque si lo haces, ¡recontra!
te voy á... ¡rayos! ¡centellas!
...¡no faltaría otra cosa!»
En fin, no sé que le dieron
en el juego de pelota,
que me le han vuelto una fiera,
y ya no aguanta, ni en broma,
que le pegue un mal porrazo
con el mango de la escoba.
Además, compró una cesta,
y se ha calado una boina,
y se pasa en camiseta
todos los días, seis horas,
jugando con mis ovillos,
y rompiéndome la loza.
—¡Pues hija, la compadezco!
—¡Siempre pagamos nosotras!
—¿Y le ha dado por jugarse
la paga?

—¡Sí, sí, señora!,
pero una vez sólo.

—¡Cómo!

—Pues me puse tan rabiosa,
que sin saber lo que hacía,
le dí contra la consola...
y el pobre no ha vuelto...

—¡Claro!

como murió de una cosa
así, su primer marido...
—¡No! ¡Aquél fué contra la cómoda,
dió tan fuerte... ¡Pobrecillo!
¡Que Dios lo tenga en la gloria!...

José BRISSA.

Injusticias sociales

Un mendigo cayó al mar,
y aunque sorroco pedía
la muchedumbre le oía
más no le quiso salvar.
Trató el pobre de nadar
con empeño loco y vano,
y el potrulacho inhumano
sin sobrecojerse vió
que de tumba le sirvió
el fondo del Oceano!.....

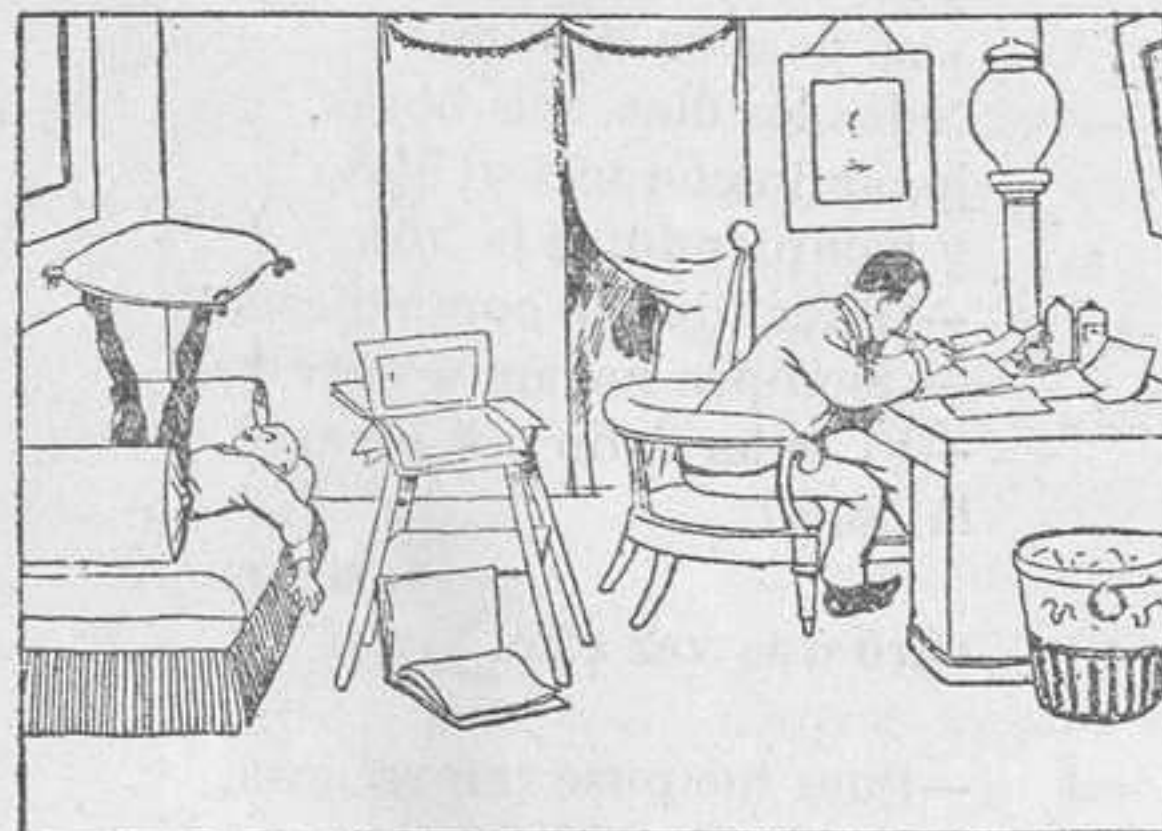
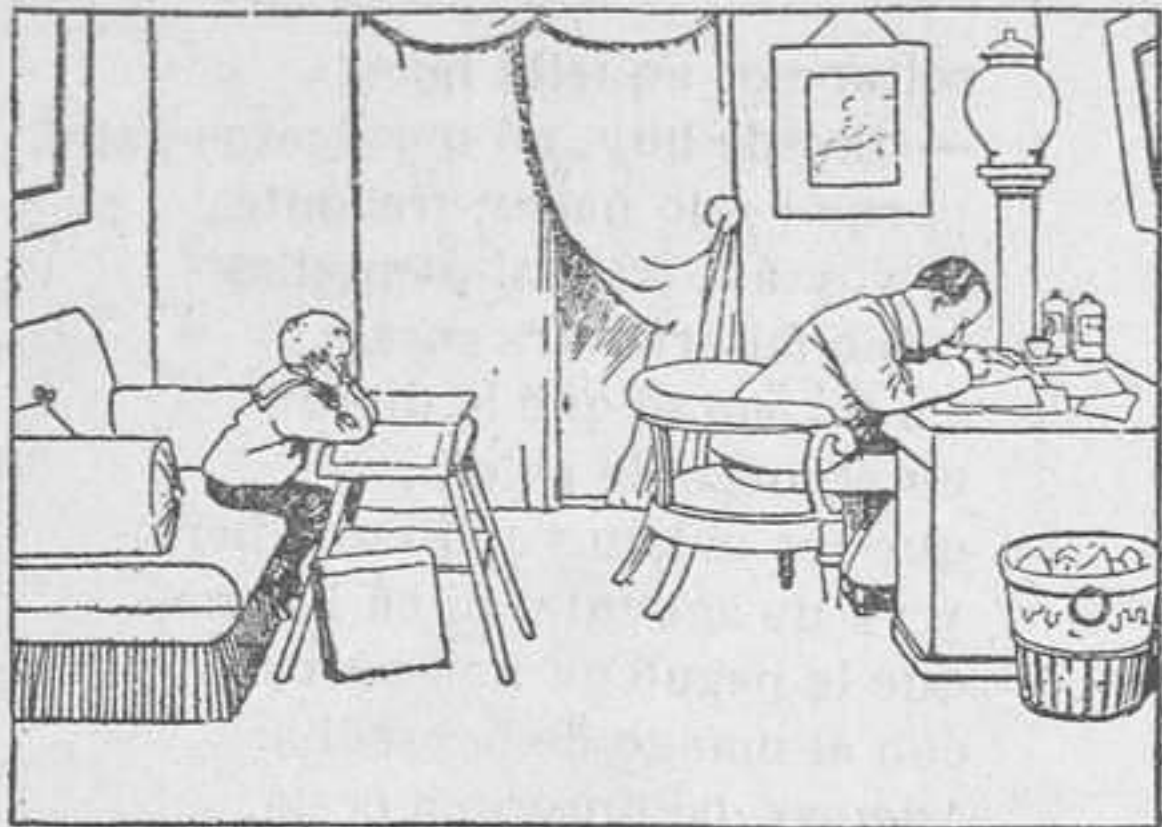
ABRAHAM LIMORTI.

Cierto ricacho, otro día,
en apuro semejante,
con voz triste y suplicante
¡socorro! ¡favor! pedía.

La gente que esto veía,
con entusiasmo repara
que de un grupo se separa
un hombre robusto y fuerte
que despreciando la muerte.....
¡dejó al rico que se ahogara!.....

VALENTIN MOURO.

EL NIÑO TRAVIESO



El Principio



y! Momentos de dolor. No; no quiero empezar con exclamaciones, ó con interjecciones, como las denomina la Academia (del latín *inter* y *jacere*, echar, y arrojar entre),

porque se colocan entre las otras dicciones de la frase; por más que aquí sea ella la que rompe el fuego, y si está entre algo es sólo entre la espada y la pared. Pero, en fin, llámase *h*.

H; la letra más filosófica del alfabeto por lo inútil, y la desesperación de las mujeres porque no la pueden dominar.

Yo conocí á una señora que le escribía á su marido ausente: *asta pronto*; y como él le hiciese notar la diferencia de significado que resulta entre *aya* y *haya*, *ola* y *hola*, y demás vocablos que toman ó dejan esa consonante (cuya única ventaja consiste en ser muda), la infeliz no sabía luego dónde poner la *h*, que cayera bien, y la prodigaba *ad libitum* como en el caso siguiente. *Calculo que nuestro negocio se lo llevó patheta*.

Antes he dicho que la *h* era inútil, y no es cierto; en primer lugar sirve de estorbo, y además presta ortodoxia, no sólo á la escritura, sino al sentido.

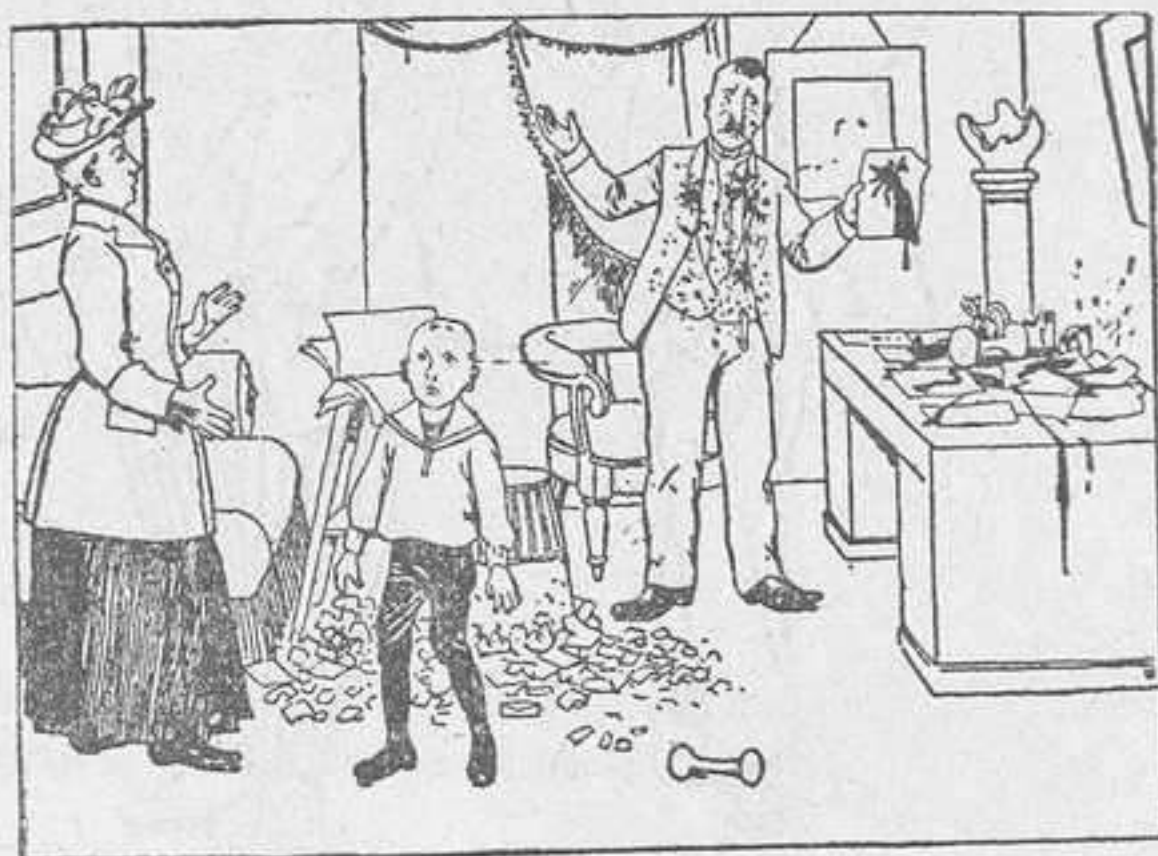
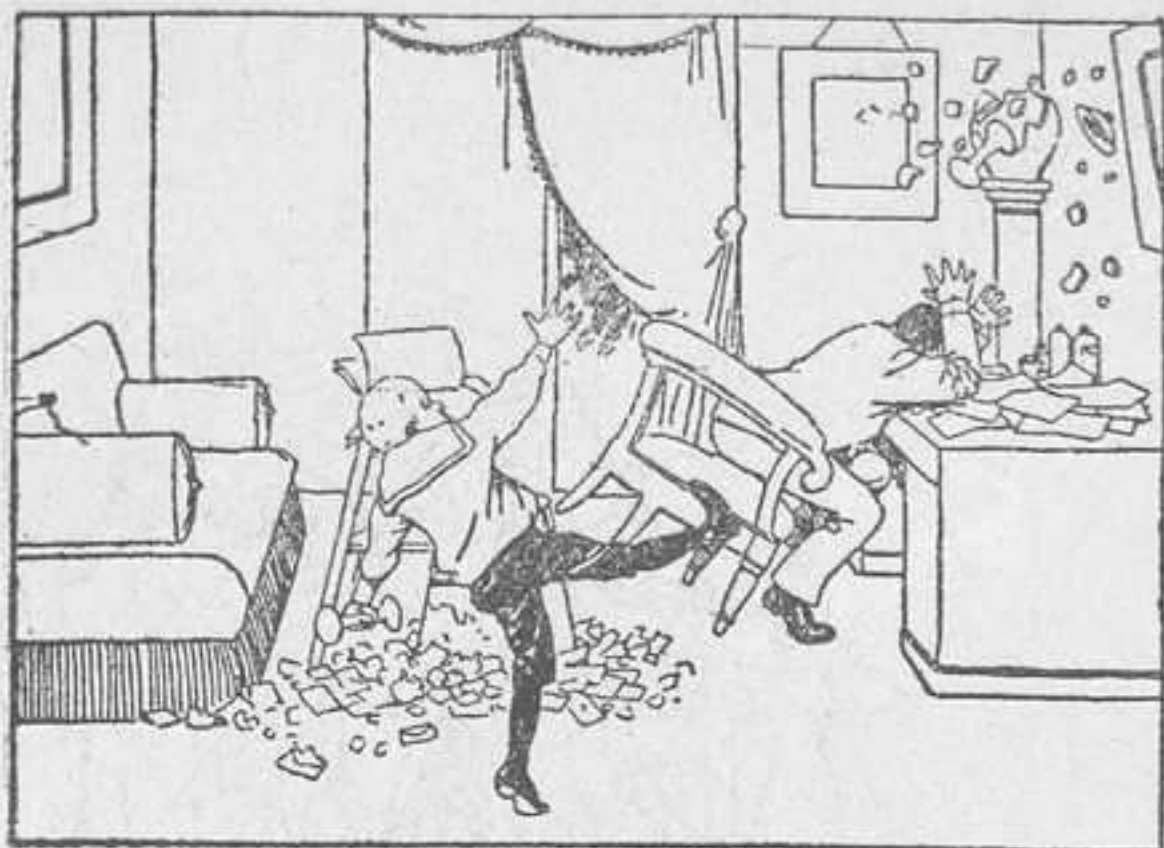
Por ejemplo:

¡Ay! momentos de dolor. Es una frase de dolor sin religión determinada.

Pero si pongo una *h* en el principio del párrafo, se lee:

Hay momentos de dolor.

Y ya tienen ustedes al periodo con sólo



cambiar en verbo la interjección, en acuerdo perfecto con los libros sagrados que dicen: *En el principio es el verbo*.

Pues bien, hay momentos de dolor; y para mí uno de los más terribles es aquel en que debo principiar alguna obra, razón por la cual presumo que Dios no me ha dado dinero para que no tenga que hacerme casas.

Descendiendo de las obras de albañilería á las de la inteligencia—y digo descendiendo, porque, por más que arguyan los ideólogos, una comedia en tres actos no valdrá nunca lo que una casa de tres pisos—hay en el comienzo algo de irresoluto que inspira terror como la duda.

Todos hemos tenido novia con la que, uno vez entendidos, nos la hemos compuesto mejor ó peor; pero hasta llegar á ese punto, que parece el del caramelo por lo dulce, ¿qué de rodeos no ha habido que hacer y cuántos borradores no se han roto en la tarea de la tentativa? El que sea

franco, y franco lo es cualquiera á quien le falten dos cuartos, confesará que ha tardado más en declararse que en aburrirse de ella.

El principio no es la enunciación del hecho, y la prueba está en la comida: comienza por la sopa; pero hasta que se acaba el puchero no entra uno en el principio.

Además, siendo éste proporcionado á los recursos—no diré del que se lo come por si hay convidados, pero sí del que lo paga—no cabe duda de que el *principio* es el que justifica los *medios*.

Toda esta fraseología se reduce á decirles á ustedes que hay días, como por ejemplo hoy—que entre paréntesis no es día, porque ya ha dado la media noche; ni hoy, pues ya es mañana—en que me sucede con un artículo lo que con la lotería, que no me sale: verdad es que no juego.

Y consiste en que no puedo tomarle la embocadura, que como yo lo empezase lo concluía; porque tengo eso de bueno, no sé abandonar á nadie en la desgracia.

Pero ¿de qué hablo? ¿De las mujeres? Todos las conocen desde que van á los bailes escotadas.

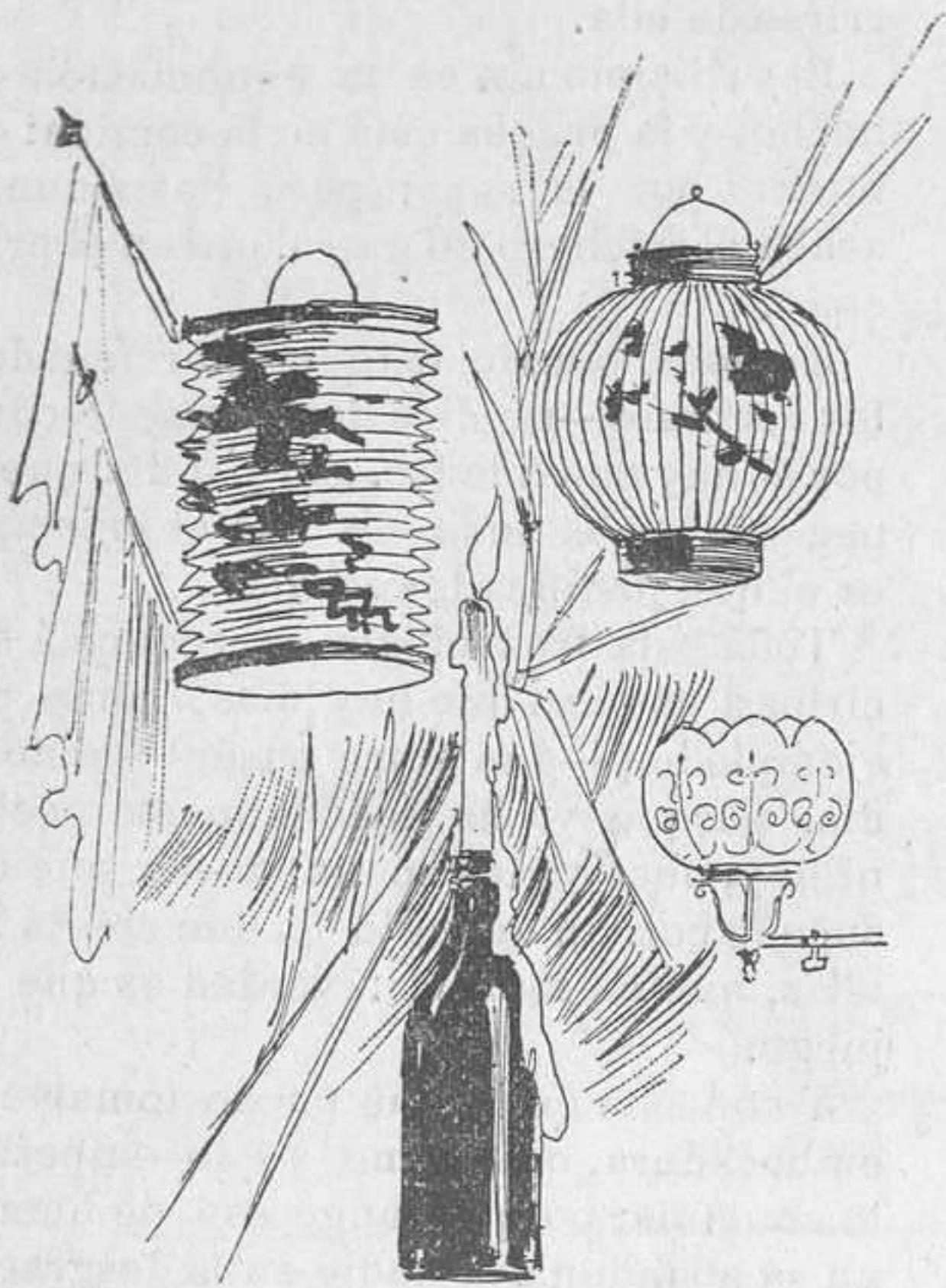
¿De los hombres? Hombre lo es cualquiera; lo difícil para mi objeto es encontrar un hombre de principios.

¿De las cosas? Se ha escrito tanto sobre ellas, que temo incurrir en repeticiones; y á mí me pasa con las ideas lo que con la ropa, que me repugna ponerme la de otro; lo que en esta ocasión me perjudica, porque si yo hiciese lo que el grajo de la fábula, que apropió el ropaje del ave de Juno, vendría el pavo y me desplumaría, y es claro que una vez sin plumas ya tenía yo pretexto para no escribir.

Y pues á pluma nos referimos, oigan ustedes una anécdota que viene al pelo.

Un catalán, que como probaré ahora mismo no era escritor, se estaba haciendo una casa. Ya está probado.

Como él en persona vigilase á los albañiles, llámole la atención cierta vez un oficial (así llaman con perdón de los del



1.—Grandes preparativos de algunos barrios para celebrar el Centenario con toda la decencia que el caso requiere.



2.—La goma desbordándose por las principales calles, porque sabe que ella es la salsa de todas las fiestas.



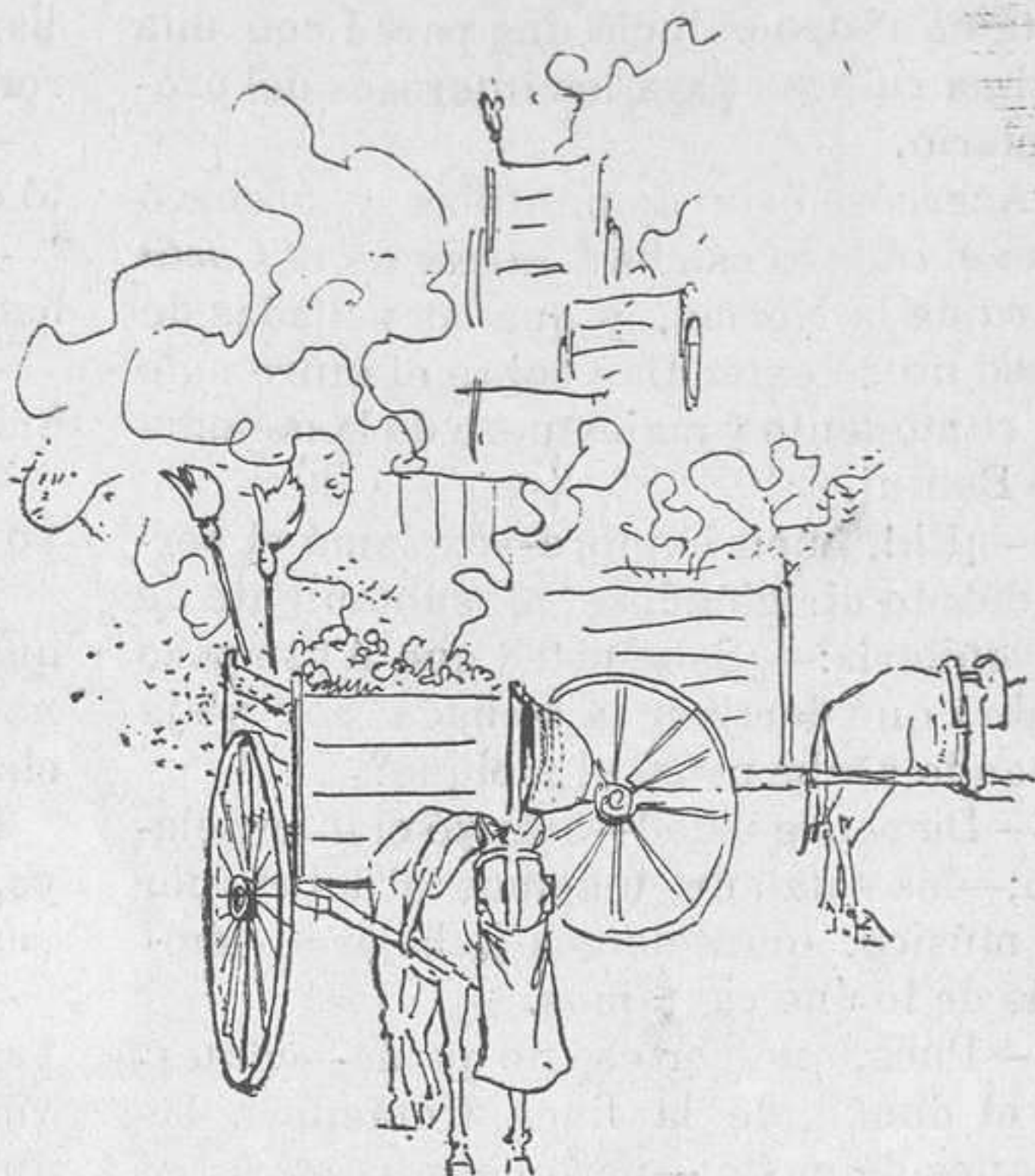
3.—En previsión de la batalla de flores.



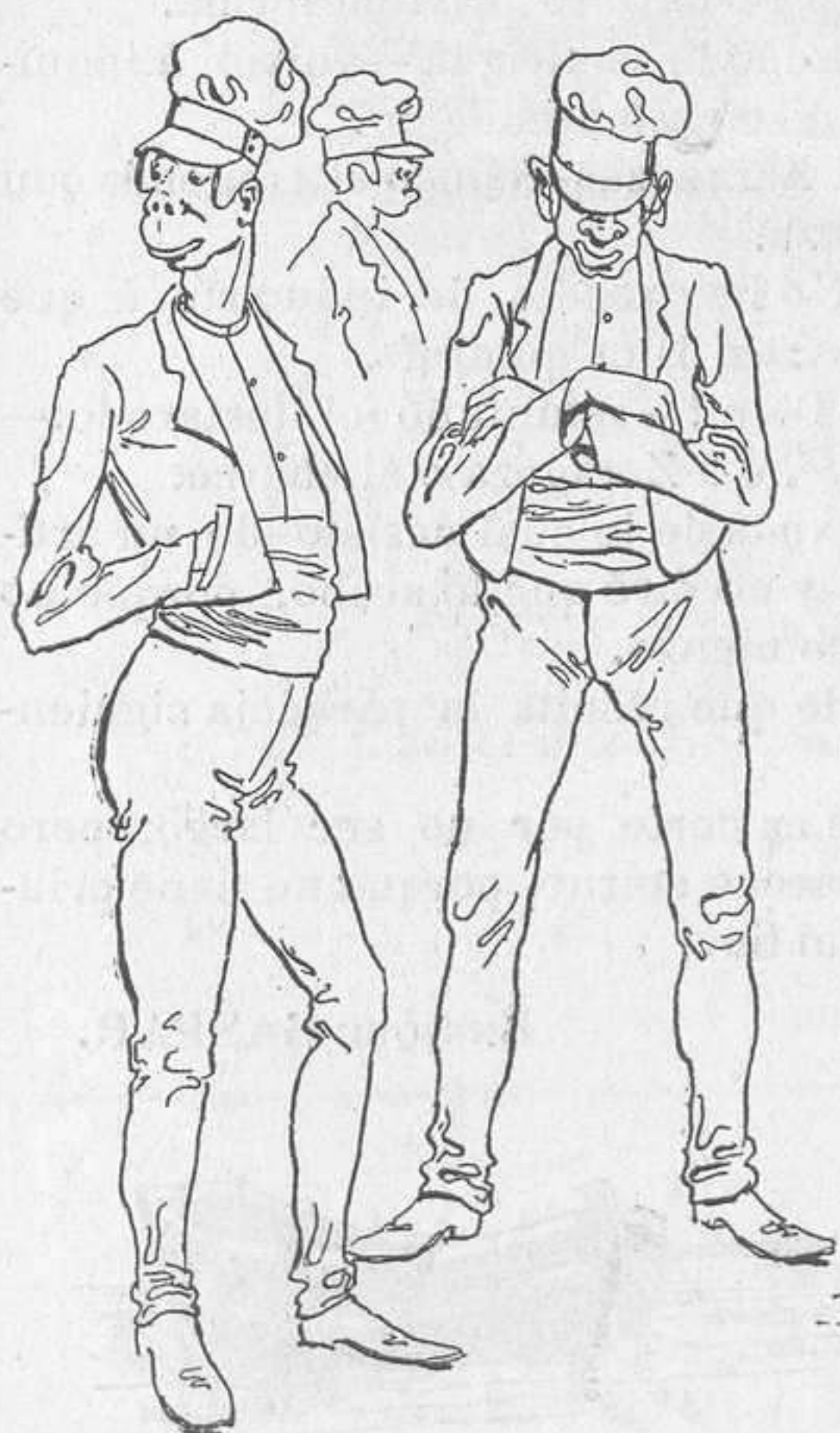
4.—Las principales orquestas de la población recorrerán las calles, de acuerdo con los fabricantes de algodón en rama.



5.—Varias jóvenes que no piensan acudir al certámen de premios para la virtud.



6.—Se preparan vistosas cabalgatas anunciadoras de algunos centros.



7.—Tres distinguidos señores—del ramo de timadores,—que siempre por triunfos cuentan—los festejos que frecuentan.



8.—¡Recontra! ¡A las maniobras! Eso es lo que menos me gusta del programa.

A. Figueras

ejército á los que no son peones) que paleta en ristre enlucía una pared con una calma ruinosa para los intereses del propietario.

Acercóse éste de puntillas y observó que el obrero estaba tarareando la *Casta diva* de la Norma, y que las pelladas de yeso no se extendían sobre el muro sino al ritmo lento y majestuoso de la melodía de Bellini.

—¡Eh!, buen hombre—exclamó el perjudicado dirigiéndose al subteniente de albañilería:—¿Sabe usted que á ese paso habrá que derribar la fachada por vieja cuando acabe usted el tabique?

—Dispense usted—arguyó el interpelado;—los catalanes tenemos tal delirio por la música, que solemos trabajar al compás de lo que cantamos.

—Pues, que por eso no quede—contestó el dueño de la finca frotándose las manos de gusto;—pero permítame usted que le enseñe una canción.

Y apoderándose de los útiles, empezó á restregar mortero sobre los ladrillos, más como quien da una paliza que como quien enlucé, mientras con el ardor de un treinta por ciento de economía, entonaba imitando hasta la banda de tambores aquella estrofa del himno de Riego que empieza así:

«Valientes guerreros,
La patria nos llama;
El pecho se inflama
De bélico ardor.»

Y acabó el tabique en menos que se persigna un cura loco.

Si yo creyera en el espiritismo, que no creo,—razón por la cual presumo que aun no se me ha trastornado el juicio—diría que mis facultades imaginativas están hoy bajo el influjo de Calomarde; porque todo se me vuelve cantarles coplas patrióticas para que me me hagan un artículo, y ellas erre que erre en que no lo he de principiar.

Su obstinación me recuerda el caso de cierto aragonés á quien encontraron Jesús y San Pedro en las inmediaciones de

Gurrea, en sazón que éstos se encaminaban á la capital para asuntos particulares.

—¿Adonde bueno, arriero?—le preguntó el apóstol.

—Pues ahí, á Zaragoza,—respondió el baturro.

—¡Hombre!, dí al menos: «Si Dios quiere.»

—¡Otra! Que quiera ó que no quiera yo allá he de ir.

La indignación del Maestro fué tal, que de una sóla mirada convirtió en rana al irreverente y le sumergió en un charco que había en el camino.

Los santos peregrinos siguieron el suyo, y terminados los quehaceres regresaron hacia sus hogares.

—Señor—dijo San Pedro al volver á pasar por el sitio de la ocurrencia y movido á compasión por la suerte del más que pecador, terco—dígnate perdonarle.

El Salvador bendijo la alberca y el arriero recobró su pristina forma.

—¿Adónde te diriges?—volvió á inquirir el discípulo predilecto.

—A Zaragoza—repuso el aragonés con entereza.

—¿No hay medio de inducirte á que añadas: «si Dios quiere?»

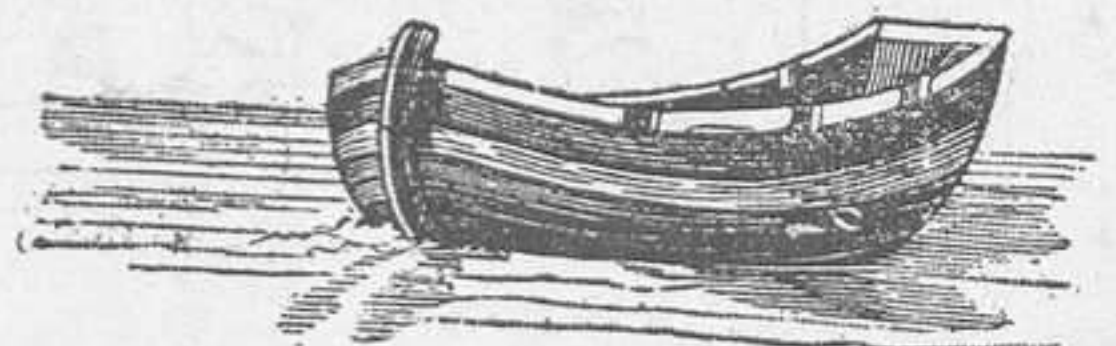
—¡ Dale!—refunfuñó el testarudo:—*Miusté*, ó á Zaragoza ó al charco.

En vista de lo cual desisto de mi artículo; y no diré que lo acabo, porque no le dí comienzo.

De lo que resulta la paradoja siguiente:

Que es corto por no ser largo; pero que parece eterno, porque no tiene principio ni fin.

ENRIQUE GASPAR.



EL QUE NO ES DICHOSO...



— ¡Quién como yo! No encontraré rivales.
Margarita me adora; y lo he notado
porque ayer en billete perfumado
á mí me reclamaba seis mil reales
y hoy á Juan *El Chaval* se los ha dado.

CANTARES

Tus besos y tus caricias
los taso en media peseta,
si hay alguno que dé más...
¡anda con Dios y no vuelvas!

Porque te han hecho marqués
con orgullo á todos miras
¡Y pensar que hace dos años
ibas cogiendo colillas!

Justo R. HERAS.

Lección gramatical

Quiso cierto coronel,
con plausible pensamiento,
que todo su regimiento
se ilustrase en el cuartel:
y los sargentos nombrados
quedaron sin excepción,
para dar diaria lección
instructiva á los soldados.
No fué tentativa vana,
y en cuanto supieron leer,
empezaron á aprender
gramática castellana.

Un sargento, perro dogo
en cara y en intenciones,
y por sus explicaciones
más perro que pedagogo,
de esta manera decía
muy serio en esta ocasión
á la sumisa reunión
de valientes que instruía:

—Muchachos, voy á explicá
lo que es nombre surtantivo:
es nombre... hablando á lo vivo
tóo lo que se pué tocá.
Er pelo, er cútiz, la boca,
los zapatos, los carzones,

er sable, las municiones...
por fin, tóo lo que se toca.
Miró después á su gente,
y fijándose en un quinto
andaluz, dijo:—Tú, Pinto,
á ver: dos pasos al frente.
Ahora te voy á poné
un ejemplo descriptivo,
pa que er nombre surtantivo
digas en arto cuál é.
Mucho tino y ojo ar cuento:
Se quema una casa en Cai.
¿Cuál es er nombre?

—Ahí no hay
surtantivo, mi sargento.

—¿Cómo que no?

—Claro está.

—¿Que no hay surtantivo?

—No.

—¡Y que pierda el tiempo yo
estruyéndote, animal!

—Pero por vida é San Roque,
replicó el quinto con flema,
pues si la casa se quema
¿como quié usté que la toque?

El pato rabioso

En París, «rue de la Fleu»,
el dueño de un restaurant
entusiasta ciego y gran
admirador de Pasteur,
con la seriedad de un teólogo
gozaba en dar conferencias
realzando las experiencias
del célebre bacteriólogo.
Cierta noche que en la fonda
grande concurrencia había;
uno que atento le oía
desde la mesa redonda,
oyendo de tales nuevas
la elocuente explicación,
preguntó en voz alta:—«¿Y son
ya infalibles tales pruebas?»

—«Infalibles y con creces,
dijo el fondista: ese pato
que tiene usted en el plato,
ha rabiado ya tres veces.

JAVIER DE BURGOS.



EL CRIMEN DE LA TABACALERA

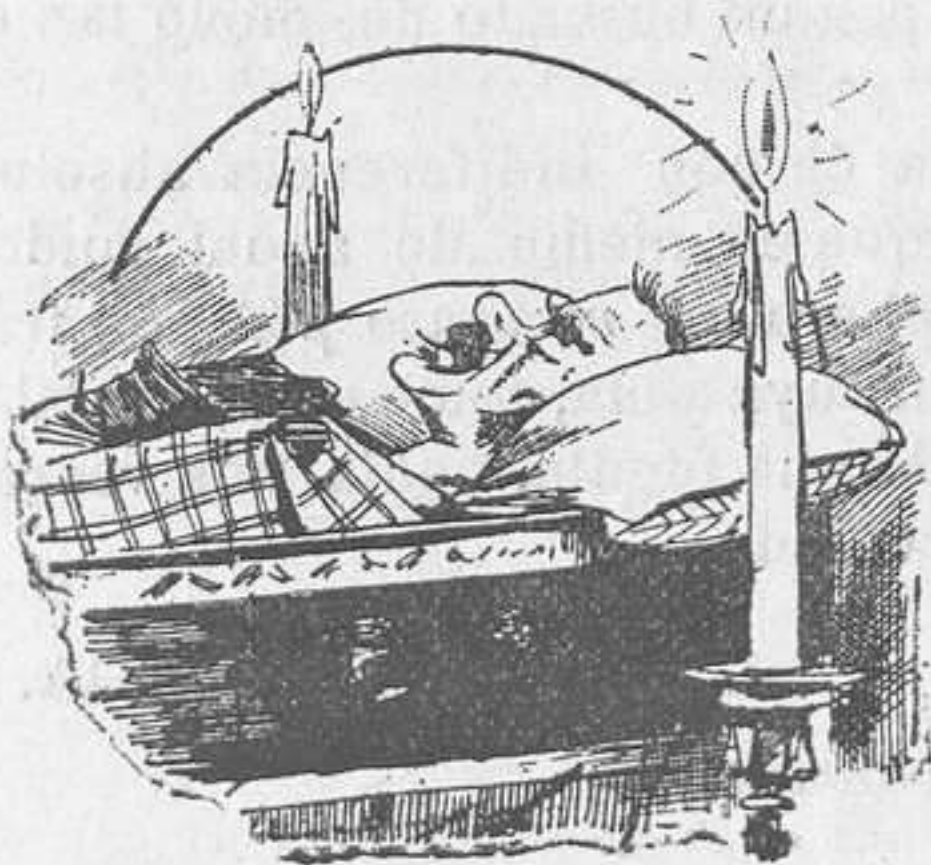
por Mecachis.



Antes de fumar un cigarrillo.



A la mitad del cigarrillo.



Después de haberlo fumado.

El idilio de una copa

No sé cómo pudo ser,—me dijo mi apasionada amiga— pero la atracción misteriosa de la simpatía primero, después la agradable tarea de recomponer en mi memoria las líneas de aquel rostro bondadoso y sereno, de gruesos labios y abultados carrillos, donde había no sé qué prestigio atrayente de nobleza; más tarde, llegando á mi noticia que aquel hombre era literato, es decir una persona culta, sensible, llena de matices exquisitos; luego leyendo como una enamorada sus escritos y siempre saboreando con la imaginación las particularidades de su persona, y deteniendo mi idea en su bigote blanco, en sus carrillos gruesos, en su mirada noble y serena, en su simpatía de hombre algo obeso que hace noble abandono de sí y que no sabe que en ese abandono y en esa desposesión de orgullo está su simpatía, llegué insensiblemente, por grados, por evolución lenta y segura á enamorarme de su persona, de su sér, de su alma y de su cuerpo, pero con una fuerza increíble.

Por razón imposible de revelar,—continuó mi amiga—per razón hasta de naturaleza, es un absurdo, un caso extraordinario que yo haya podido sentir ese amor.

Yo en la edad de la juventud, él ya próximo á la de la vejez, y no habiendo de común entre ambos mas que la inclinación por lo bello, por el arte, por las cosas sublimes de la tierra, no puedo explicarme semejante simpatía. Atraída, devorada por su persona que me envolvía en una atmósfera loca, ardiente atmósfera, dijérase hecha de besos, deseaba aproximarme á él, oír su voz, porque hasta entonces mi palabra no había tenido cruce de amor con la suya.

Mi situación especial, la libertad absoluta de que disfruto, mi decisión de hablar á todo trance con aquel hombre, cuyo apellido, Bernar, ocupa toda mi alma y todo mi cerebro, y constituye mi cielo y mi gloria, eran condiciones apropiadas para que yo pusiera en juego un ardid, una maña, á fin de estar cerca de él y verle á mi sabor durante algunas horas.

Ese momento llegó, y no tuve yo que disponerlo.

Mi literaria significación, mi entusiasmo por el arte, eran bandera que amparaba y defendía mi presencia en ciertos sitios.

Llegó una noche en que se daba un banquete, una fiesta intelectual, á un literato de fama; á nadie extrañaría que yo, autora celebrada y llena de prestigios en el arte, asistiera á aquel banquete á rendir un tributo de admiración.

Mandé incluirme en la lista de comensales y gradué el tiempo para cuando todos estuviesen sentados en torno de la mesa, entrar yo y elegir sitio: como todos, incluso el mío, estaban ocupados, yo pude dirigirme al punto de mi gusto y hacer rehuir los asientos á fin de que me dejaran un hueco.

Sabía yo que el hombre causa de aquella *aventura* mía, tendría su puesto en la fiesta.

Entré en la sala, que brillaba con cien mil resplandores escapados de las arañas artísticas, de las liras de acero pendientes del techo, de la cristalería vibrante de donde, como *repercusiones de luz*, rebotaban los rayos abriéndose en largos abanicos.

En el centro de la mesa, ramos de flores, enojadas de vivir en atmósfera tan abrasada, se entrelazaban en polícroma armonía y se alineaban puestas en grandes jarrones que tenían chinos pintados en el vientre, quitasoles fastuosos y pájaros de alas azules.

Había desafíos de soberbia entre las resplandecientes lámparas y las pinturas, entre el cristal y el color de las telas bordadas, entre el ingenio y la exube-

rancia de luz que convertía en incendio la sala.

Recorrí con los ojos el óvalo de la mesa, en torno del cual se hallaban nuestros más famosos hombres de letras; ví el asiento que ocupaba el hombre que me llevaba á aquel sitio; y entre los aplausos que me prodigó la concurrencia, fuí en demanda de espacio cerca de mi enamorado indiferente.

Rehicieronse las sillas, quisieron de todos los lados de la sala ofrecirme puesto donde estar, y por fin caí, no al lado precisamente del simpático hombre, sino teniendo entre él y yo un actor muy estimado del público, con el cual trabé conversación amistosa.

Los que no hayan presenciado una fiesta de escritores, uno de esos banquetes en que se rinde tributo de admiración á un poeta, á un crítico, á un novelista, no saben lo que es una jaula de locos.

Se habla á gritos, se dicen chistes que provocan carcajadas, se promueve un espantoso estruendo de voces humanas, de tenedores que batcn los platos, de cucharas inarmónicas que tropiezan con los cuchillos y de susceptible cristalería que á cada golpe recibido vibra por música y deja oír sus levísimas notas argentinas.

En medio de tan artístico desorden en que los cerebros ya carecen de la completa lucidez, yo miré parapetada tras del actor, la faz gruesa, bondadosa, serena, del sér por mí buscado de modo tan extraño.

Comía él con indiferencia absoluta: diríase que en medio de aquel ruidoso delirio él era un *remanso plácido*, tranquilo, en cuya alma, como en el cristal inquieto de una fuente, podía una verse el rostro copiado.

SALVADOR RUEDA.

(Se continuará)



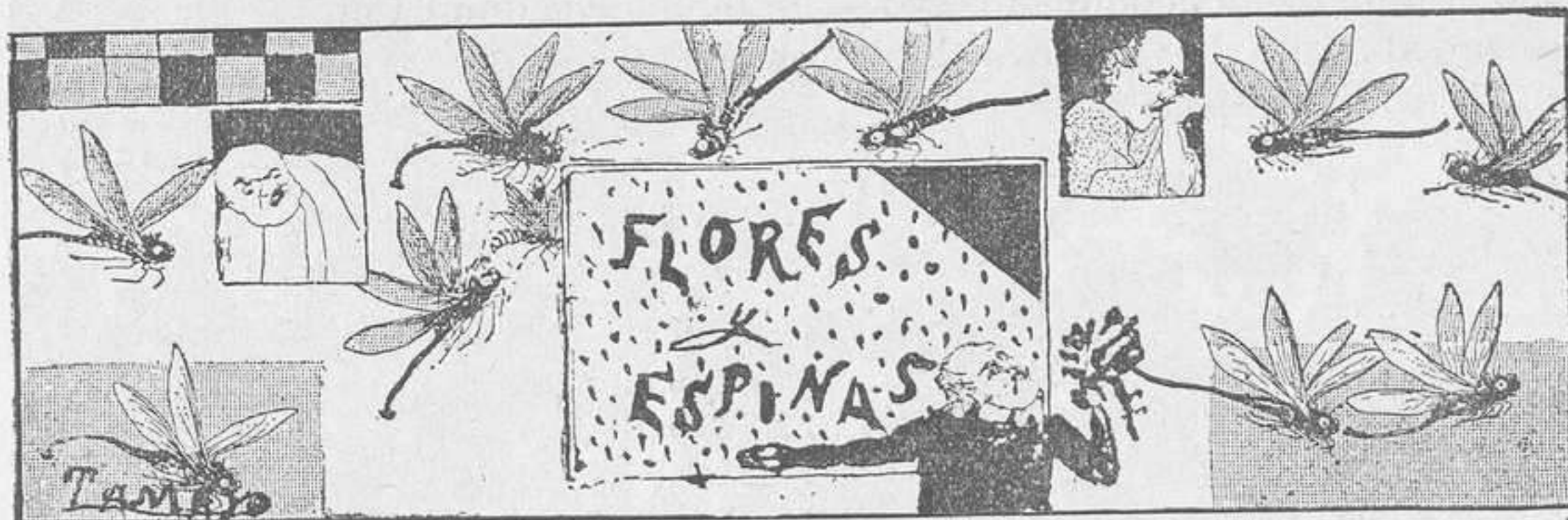
El único remedio

Loca de amor está la pobre Pura,
 pues ama con delirio á un tal Fernando,
 y, aunque es plácida y dulce su locura,
 su vida, poco á poco, va acabando
 como un cabo de vela que se apura.
 En vano, á sus antojos
 de niña, antes cumplidos que expresados,
 se anticipan de un padre los cuidados;
 la luz divina de sus bellos ojos,
 de un círculo sombrío rodeados,
 se apaga lentamente,
 y una arruga precoz surca su frente.
 Su sonrisa es amarga y dolorosa,
 sus mejillas de rosa
 tórnanse de azucena nacarada;
 está así mas hermosa,
 y, aunque no tiene nada,
 según dice el doctor que la visita,
 víctima de la pena que la hiere,
 está enferma de amor la pobrecita
 y es ya seguro que de amor se muere.
 Huye todo placer, todo recreo,
 y de su camarín busca el retiro
 porque la soledad es su deseo,
 y allí exhala suspiro tras suspiro.
 Y no ríe, ni llora,
 ni alborota la casa con su canto;
 es no más que una estatua encantadora
 á la que falta el principal encanto.
 Al verla así, su padre cariñoso,
 sin sospechar ni imaginar siquiera

la causa de su mal, busca afanoso,
 y le dice al doctor de esta manera:
 —Doctor, averiguad con vuestra ciencia
 el mal que me arrebató mi consuelo,
 y decidme cuál es esa dolencia
 que me amenaza con terrible duelo.
 Curad á Pura y devolved la calma
 á ese padre infeliz. Ved, es tan bella,
 que, entre todas, llevar puede la palma;
 á ese cuerpo gentil volvedle el alma,
 ó moriré también si muere ella.

El doctor, que de achaques juveniles
 entiende cual ninguno,
 y enfermas como Pura cura á miles,
 discreto y oportuno
 sonríe recordando
 yo no sé qué de Pura y de Fernando;
 pulsa á la niña, párase un momento,
 bórrase de sus labios la sonrisa,
 y al padre, que le aguarda sin aliento,
 así le dice, con solemne acento
 y palabra concisa:
 —Podéis tranquilo estar, amigo mío,
 puesto que yo os lo fío;
 nada debéis temer... Y, en cuanto á Pura,
 casadla con el que ama, y es segura
 la curación, que, aquí como en Vitoria,
 si no miente la Historia
 la locura de amor la cura... el Cura.

JULIAN ARBULO.



Mil pesetas al que presente Píldoras de Sándalo mejores que las del Dr. Pizá, para la curación de todas las enfermedades de las vías urinarias.

D. G. S. y G.—*Cádiz*.—Yo bien quisiera publicar eso, pero como además de malo es tonto y además de tonto puerco...

Sura—*Madrid*.—Los *Cantares* son muy tristonos; la *Despedida* tristísima; los *Sentimientos* fúnebres y los *Pensamientos* vulgares.

D. J. M. P.—*Madrid*.—¿Verdá V. que son bastante malos sus *Cantares*?

D. J. de M.—*Madrid*.—Eso ya ha pasado de moda.

Won Villa.—*Id.*—Lo mismo digo.

D. L. O. V.—*Criptana*.—Entra en turno.

Mister Puf.—*Madrid*.—Repito.

D. A. C.—*Id.*—Vuelvo á repetir.

D. J. N. Ll.—*Toledo*.—¡Re...flauta! Eso es pésimo.

Aburrido.—*Cáceres*.—No porque V. lo esté van á estarlo los demás.

D. F. P.—*Madrid*.—Su diálogo chulesco es del peor gusto; los cantares no valen nada, vamos al decir; las *Tonterías* lo son de veras como el resto de sus composiciones.

Gaznápiro—*Valladolid y Cochinillo*.—*Reus*.—Feliciten Vds. al cura que los bautizó, porque me parece que acertó con los nombres.

GALERÍA ARTÍSTICA DE EL DÍA DE MODA



EL ARROYO
(Cuadro de Bauchartefs)